

Pimchi - El chumbo que quería convertirse en una estrella fugaz

Virginia Fernández Bueso



Capítulo 1

Pimchi no podía dormir, por más que lo intentaba, lo sucedido con su hermano Chumber volvía a pasar como una película en sus pensamientos llenándolo de rabia. Chumber lo había hecho a propósito, lo había vuelto a pinchar con sus afiladas púas y le había hecho muchísimo daño. En la otra cara de su cuerpecito redondo y colorado ya aparecían cicatrices. Al menos ocho se había contado, todas de Chumber. No entendía porque era tan cruel con él, el cuerpo alargado y amarillento de su hermano se extendía cada día, sus púas eran cada vez más duras y se extendían arrogantes e insidiosas hacia él, apuntándole y haciéndole sentirse cobarde.

Pimchi comenzó a llorar amargamente, del costado salían dos grandes gotas que resbalaban ya hasta mojar a su madre.

Ella que había visto lo ocurrido le decía que su hermano no le hacía daño a posta, que era su naturaleza la que lo hacía crecer así.

Con su madre la chumbera también estaba enfadado, su madre parecía no darse cuenta de que Chumber lo hacía a posta.

El sol se estaba poniendo, pronto llegaría el ocaso y el viento fresco soplaría como un murmullo en el desierto. Pimchi sintió los últimos rayos de sol acariciando la última herida. Al menos pronto aparecerían las estrellas. Ellas lo consolarían y le contarían sus historias. No había nada que le gustase más que hablar con las estrellas.

Aquí estaba... su amigo el viento empezó a soplar. Comenzaba a sentirse mucho mejor, el cielo dejó de ser rojizo para ir cambiando a violeta y sus queridas amigas empezaban a aparecer en el firmamento. Todas saludaban alegres y le contaban como había sido la noche en otros lugares del planeta. No siempre eran historias bonitas, a veces veían incendios, accidentes de coche o desastres, había algunas noches en las que no podían contarle lo que había pasado porque debajo solo se veían tormentas.

Una de las estrellas le contaba animada que había visto a una niña jugar en el parque. La pequeña estaba sola columpiándose y de repente se le quedó mirando y le dijo que era preciosa. Pimchi casi pudo ver ruborizarse a la estrella. Era una niña muy bonita le aseguró.

Pimchi seguía la conversación con interés cuando sin previo aviso apareció una estrella que se movía con gran rapidez por el cielo. Entusiasmado preguntó a sus amigas que había sido eso.

Le contaron que se trataba de una estrella fugaz, y que las fugaces se pasean a gran velocidad por el universo, a veces entrando en contacto con la atmósfera convirtiéndose en luz. Las hay que incluso llegan a tocar la tierra le dijo su amiga la estrella.

Pimchi deseó entonces poder moverse a toda velocidad. Si sólo pudiese despegarse un poco del corpachón de su hermano...

Con ese pensamiento se quedó dormido, con las estrellas arrullándole y cantándole canciones de cuna.

Un traqueteo extraño, algo que no era común en su mundo despertó a Pimchi de sopetón al día siguiente. Abrió los ojos y se mareó. El mundo iba pasando muy rápido y un ruido infernal sonaba bajo sus pies. No estaba solo, iba pegado a otros chumbos de otras higueras. Su madre no estaba ya bajo sus pies y su hermano había dejado de ser una amenaza para él, en su lugar había otros que descansaban sobre un suelo que se tambaleaba; algo que crujía y saltaba haciendo que sus náuseas fuesen cada vez a peor.

Asustado, comenzó a apenarse por la falta de sus seres queridos, hasta que recordó su deseo del día anterior...

¡Sí! Se había convertido sin duda en una estrella fugaz. Probablemente los rugidos fuesen normales en estas circunstancias y por eso se mareaba... cosas de la velocidad, pensó.

Poco a poco se fue acostumbrando a las imágenes que pasaban por delante y controlando el mareo. Cuando por fin fue capaz de enfocar se dio cuenta de que la velocidad iba bajando. Se acercaban a un lugar que parecía lleno de gente. Sus amigas las estrellas le habían contado muchas cosas sobre las personas, Pimchi fue perfectamente capaz de reconocerlas.

Un hombre grande con un mostachón enorme lo agarró y lo colocó junto con otros encima de una mesa.

-¡Chumbos niña!! ¡Al rico chumbo! ¡Gordos y redondos, dulces como la miel!

-Dame ocho Ildefonso.

-Están buenísimos. Garantizados Doña Filo.

-Eso decías la semana pasada y no sabían a nada.

El hombre agarró a uno de sus compañeros y cogiendo un cuchillo le rebanó la tripa, le cortó la cabeza y los pies. Luego agarró su tripa y se la arrancó sacándole todo el pellejo.

-Toma. No vas a probar en la vida una cosa más buena.

Pimchi estaba al borde del desmayo. Sus pequeñas púas empezaron a temblar sin parar.

Una niña pequeña salió de detrás de las faldas de Filo.

-Mami, yo quiero ese rojito para mí.

Le dijo a su madre señalándole. El señor lo agarró y Pimchi se temió lo peor...

El cuchillo se aproximó rozándole la piel y justo cuando la punta arañaba su tripita la niña gritó:

-¡No! Lo quiero sin abrir. Es para mí clase de ciencias.

Pimchi no pudo más. El mundo a su alrededor era demasiado grande, demasiado ruidoso y cruel. Sin poder hacer nada para evitarlo, perdió la conciencia.

-Mirad, este es Pimchi, mi proyecto de ciencias.

-¡Wala! ¡Que Chuli!

No sabía dónde se encontraba, pero a juzgar por lo que le habían contado sus amigas, esto debía ser una habitación. Sus pies descansaban en un

montón de tierra, a su alrededor había piedrecitas de colores. Un montón de niños lo miraban con asombro.

-¡Niños, veníos! La cena está lista.

La niña colocó la maceta en el alféizar de la ventana, cerró la puerta y apagó la luz, el techo de la habitación se iluminó con miles de estrellas fluorescentes.